



SIGMUND FREUD Y LA EDUCACIÓN

ADRIANA FLÓREZ LÓPEZ
Psicoanalista
adrianaflorezl@gmail.com

DOI

<http://dx.doi.org/pym.i360.y2014.009>

VIDA Y OBRA: CONTEXTO Y SIGNIFICACIÓN

Sigmund Freud (1856-1939) es el inventor del psicoanálisis, cuyo surgimiento coincide con el de la arquitectura moderna, la pintura no figurativa y la música dodecafónica, entre otras expresiones culturales de la época. Coincide pues, en el tiempo y en el espíritu, con la escuela de Viena; una generación de austriacos que, bajo la influencia de Nietzsche, ponen en cuestión y transforman sus propias tradiciones en todos los campos (S. Tubert, *Sigmund Freud*, EDAF, Madrid, 2000, p. 14.).

El alcance de la revolución que trajo consigo “la escuela psicoanalítica” en la concepción del ser humano, explica por qué el pensamiento de su inventor tiene un campo de influencia tan amplio. Al mismo tiempo, predomina una recepción un tanto superficial de la misma y desde su origen se ha encontrado con fuertes reticencias. Al menos entre otras cosas —porque las hay— esto puede explicarse por el carácter profundamente inquietante de sus hallazgos.

Como es frecuente entre “los grandes”, su obra no es menos significativa que las dificultades que hubo de franquear para desarrollarla. De origen humilde, sufre las consecuencias de la guerra que le arrebató la vida de su hija Sophie de 27 años. Tres años después muere su nieto Heinerle, hijo de ésta. Más allá del rechazo que sufrió en la comunidad médica de la que formaba parte, la labor de investigación y transmisión dentro de la comunidad psicoanalítica que encabezaba le ocasionó más de un desmayo. Sufrió la persecución antisemita con su familia de origen a los tres años, y con la familia que él formó al final de su vida. Por fortuna, aunque sin conseguir mitigar el dolor del exilio, para su recepción en Londres no se escatiman honores; los recibe a manos llenas por parte del gobierno, de importantes instituciones, así como de los medios de comunicación de ese país, y de manera significativamente reparadora, por parte de las revistas médicas.

De muy pocos en la historia del pensamiento puede decirse, con la misma contundencia, que su obra les haya inmortalizado. “Más allá de todo reconocimiento, Freud transformó el sentimiento que la Cultura Occidental tenía acerca de sí misma, para siempre” (G. Peter, *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Paidós, Barcelona 1989, p. 20). Sigmund Freud fue el fundador, no de una orientación más dentro de la psicología, sino de un campo de reflexión que hay que distinguir de ésta, y que gira alrededor de una concepción de *la subjetividad* que, entendida en un sentido impensable sin la consideración de lo inconsciente, dota de significación a nuestro nombre propio, haciéndonos, a cada uno, únicos e insustituibles. Al desarrollo de nuestra subjetividad intenta allanarle el camino la educación, pero... ¿puede?



Sigmund Freud.

“EDUCAR” DESPUÉS DE FREUD

Con su pensamiento, Freud nos permite dar cuenta de al menos uno de los sentidos que puede tener la palabra “educar”: *ofrecer las condiciones de posibilidad para el desarrollo de la subjetividad del niño o la niña, haciendo posible su inclusión en la cultura y el lazo social*. Sin embargo, el creador del psicoanálisis no incursiona en el campo pedagógico propiamente dicho. Se acerca cuando hace observaciones en relación con el “deseo de saber” y muestra cómo éste se constituye en la relación con el “Otro parental y social”, siendo además inseparable del deseo en general, que en el ser humano siempre se encuentra vinculado a la sexualidad.

Es desde esta perspectiva que Freud puede observar a propósito del caso *Juanito* cómo: “El ansia de saber y la curiosidad sexual parecen ser inseparables” (Freud, *Obras Completas*, p. 1.367, Biblioteca Nueva, Madrid, 1987), y que “el interés de los niños por saber, de ninguna manera despierta espontáneamente o por una necesidad innata de investigar las causas, sino bajo el aguijón narcisista de las *pulsiones* egoístas en ellos dominantes” (Freud, *op. cit.*, p. 1.264). Al mismo tiempo nos muestra por qué poner un límite a estas pulsiones, es parte de la tarea educativa. En esto consiste uno de los aspectos de la gran paradoja que el psicoanálisis pone sobre la mesa; la misma con la que lidiamos, en el día a día, padres y maestros.

“Necesito un otro alguien para jugar”, decía el otro día un niño de cinco años. El pensamiento freudiano muestra cómo la *constitución de la subjetividad* sólo encuentra cimiento en “la relación con un deseo que no sea anónimo” (Lacan, *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Buenos Aires 1991, p. 56), que, como un nido tejido antes de su nacimiento, con las marcas singulares de la historia y los deseos —sobre todo inconscientes— de cada uno de los padres, recibe al niño o a la niña en su llegada al mundo.



El niño o niña que todos tenemos dentro.

En muchas ocasiones, lo que en la clínica encontramos detrás de una “dificultad escolar” es una narcisización insuficiente; un vínculo muy débil con las figuras parentales que, más allá del deber que pretenden cumplir imponiendo a sus hijos una disciplina férrea, repiten sin saber y sin querer el maltrato olvidado que ellos mismos sufrieron en su infancia, mostrándose indiferentes y con una dificultad muy grande para admitir, ya no digamos valorar, que sus hijos no sean como ellos esperan. En ese contexto, los niños muestran grandes dificultades para desarrollarse con deseos propios, que no se encuentren alienados a los de sus padres y sus conflictos. Estamos en un terreno en el que no son las intenciones, sino la “posición subjetiva inconsciente” lo que opera.

La relación pedagógica y la analítica son y deben ser completamente distintas. Sin embargo, presentan cierta analogía. Bajo esta lente, resulta iluminador lo que casi al final de sus días escribe Freud sobre esta última:

“[En la] relación de transferencia [el] paciente, [coloca] al analista en lugar de su padre (o de su madre) [... por eso...] tiene la ocasión de llevar a cabo una especie de *reeducción* del [paciente, pero...] por más que le seduzca crear seres a su imagen y semejanza; [...] con ello no hará sino repetir un error de los padres, que aplastaron con su influjo la independencia del niño, y [en lugar de disolverla...] sustituirá la antigua dependencia por una nueva. Muy al contrario [...] el analista siempre deberá respetar su individualidad” (Freud/1938, *op. cit.*, p. 3.398).

¿Qué quiere decir entonces “educar”? Cuando hablamos de la constitución de la subjetividad, pensamos en primera instancia en los niños, esos seres maravillosos de los que, ya se sabe, “siempre dicen la verdad”, pero, ¿de qué verdad se trata?, ¿por qué nos hace sonreír? Acaso sea porque en muchas ocasiones se trata de la de todos, de la verdad de nuestro deseo. Se suele decir que “todos llevamos un niño dentro” y, al parecer es cierto, para bien y para mal; aquel niño o niña que fuimos y que según el decir popular pervive en nosotros, a veces nos complica la vida, pero al mismo tiempo, sin él o ella no podríamos vivir, porque..., no tendríamos ganas. Es desde la asunción de esta paradoja —que ya mencionamos anteriormente a propósito del deseo de saber— que se despliega todo el pensamiento freudiano y —pienso— la labor educativa.

El hecho es que en la infancia, la represión —entendida en el sentido psicoanalítico—, y la concomitante formación de lo inconsciente, es el proceso a partir del cual se constituye el aparato psíquico, la subjetividad. Digamos que “todos tenemos un niño dentro, pero ha de estar “bien situado”. Sin esta operación no podemos hablar de un ser humano “normal” —aunque siempre con algún grado de neurosis— y nos encontramos con la psicosis o la perversión.

Pensando en los síntomas más leves con los que en mayor o menor medida todos convivimos en carne prójima y/o propia, está quien creyéndose el centro del universo viene a recordarnos al narcisismo infantil de *His Majesty the Baby*.

El [encanto que tienen] los niños [nos dice Freud] reposa en gran parte en su narcisismo [... en la actitud de los padres que intentan consentir en todo los deseos de sus hijos...] hemos de ver [...] una reviviscencia y una reproducción del propio narcisismo abandonado mucho tiempo ha. [De ahí] la tendencia [...] a renovar para él privilegios renunciados [...]

Habrà de ser de nuevo el centro y el nòdulo de la creaciòn: *His Majesty the Baby*, como un día lo estimamos ser nosotros. [...] La aspiraciòn narcisista a] la inmortalidad del yo, tan duramente negada por la realidad, conquista su afirmaciòn refugiándose en el niño.

El amor parental, tan conmovedor y tan infantil en el fondo, no es más que una resurrecciòn del narcisismo de los padres [...] (Freud *Op. cit.* p. 2027)

Los padres, entonces, se ven en sus hijos como Narciso en el lago y corren con él los mismos peligros. Por otra parte, la corona que le ponen los padres a su niño o niña, remite también a ese otro rey que debe parte de su fama precisamente a Freud: Edipo y su complejo. En relación con el Edipo freudiano, serían necesarias grandes precisiones, pero, en última instancia, remite a la manera en que los seres humanos nos relacionamos con la imposibilidad de alcanzar una satisfacción absoluta.

Freud construyó todo un aparato conceptual para dar cuenta de este hecho fundamental. Mientras que en el reino animal el instinto hace que todos los miembros de una misma especie tiendan naturalmente hacia la conquista de su objeto, ese que, satisfaciendo su necesidad y garantizando la sobrevivencia de su especie, es fijo y está predeterminado biológicamente, en el hombre, la pulsión no tiene un objeto de satisfacción natural y predeterminado, su persecución está muy lejos de garantizar la sobrevivencia de nuestra especie —de hecho la pone en cuestión— y, en un registro completamente distinto al de la necesidad, si encuentra un límite, se puede vincular con el deseo. Por eso, para hacer un buen *striptease* hace falta tanta ropa y saber lo que queremos a veces resulta misión imposible, o basta una sonrisa y un guiño para olvidarnos de comer por todo un día.

En suma, a diferencia del animal, cuyo instinto se encuentra orientado a la sobrevivencia, un ser humano, en busca de su satisfacción pulsional podría morir, a menos que las restricciones culturales hagan que encuentre un límite, cuya manifestación paradigmática, siendo además común a todas las culturas humanas, es la prohibición del incesto.

Es así como se dibuja otro aspecto de la misma operación subjetivante en la que interviene la represión y la concomitante formación de lo inconsciente, de la

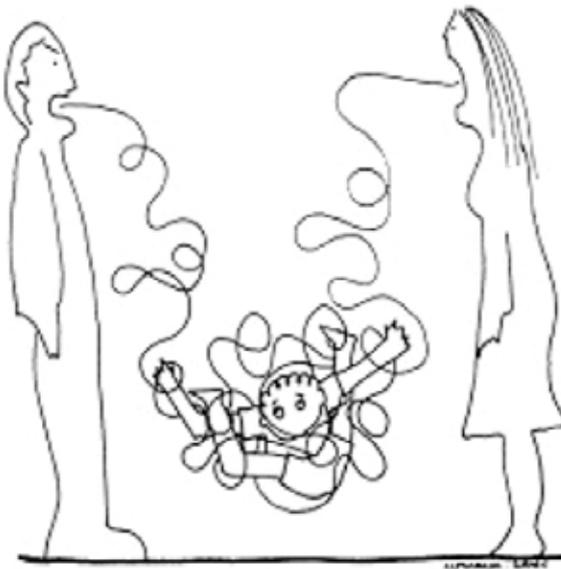


que estamos hablando. El niño o niña puede abandonar el lugar del objeto imaginario que colma el deseo de la madre, cuando ve que no la satisface de manera absoluta y la descubre volteando a ver a otra parte, a su padre, por ejemplo. Podríamos decir que con su dinámica deseante, entre ellos y en su relación con el mundo, los padres invitan al niño a renunciar a la corona con la que por fortuna lo recibieron; donde el éxito de dicha invitación depende, en buena medida, de que en su día, los padres habiéndola tenido, hayan podido renunciar a su propia corona, a la del niño o niña que llevan dentro.

En cualquier caso, “la partida” que implica la constitución de la subjetividad se juega en un tablero incierto; en ella, el control de nuestra voluntad consciente, no parece ser el principal protagonista; nunca tiene un desenlace perfecto; ni hay caminos prefigurados que, nos den garantías del mejor de los resultados posible.

Así pues, la reyerta entre Eros y Thanatos a que alude Freud cuando piensa en lo social, tratándose de lo individual, se cifra en la posibilidad de resignar la pulsión de muerte para abrir la puerta al deseo. El sueño más alto de la educación es poder inclinar la balanza a favor de Eros en esta batalla que cada día tiene a la humanidad más en vilo; por la injusticia social, la guerra y el deterioro ambiental.

Hemos de decir que en el día a día, si en nuestro afán de educar a un niño nos quedamos en un puro y seco “no”, “esto no y esto tampoco”, tal vez estemos actuando desde nuestra pulsión de muerte y a su favor. Una censura demasiado severa y denigrante, siendo portadora de un goce thanático, que da rienda suelta a lo que se supone quiere limitar, no parece ser la mejor opción. El *laissez faire*, tampoco. Con los niños y los adolescentes ser firmes en el no —prohibiendo el acto, pero no el deseo— y abrir la puerta de lo que



sí; en su aparente sencillez, parece un buen derrotero. Pero tampoco tiene efecto si no es reflejo de nuestra propia posición subjetiva, en relación con la cual —según lo mostró Freud— no es nuestro yo quien más manda.

El psicoanálisis se promete a sí mismo como la posibilidad de conseguir, en este sentido, un pequeño margen de libertad, que puede hacer una gran diferencia, pero nunca se pensó a sí mismo como “la solución”. Así las cosas, desde un punto de vista psicoanalítico no podría existir, tampoco para la educación, “la fórmula perfecta”. Después de todo, si lo pensamos con calma, no sabemos lo que podría ser un humano perfecto; de hecho, la expresión parece una contradicción en términos.

Las esperanzas de Freud en relación con la posibilidad de que el psicoanálisis pudiera aplicarse a la educación, en particular para prevenir la neurosis, fueron decreciendo, en la medida en que su pensamiento fue develando el carácter estructural de la insatisfacción en el ser humano. Para Freud el “malestar en la cultura” es inevitable y en el texto que intitula de ese modo, termina diciendo:

A mi juicio, el destino de la especie humana será decidido por la circunstancia de si —y hasta qué punto— el desarrollo cultural [y dentro de él la educación] logrará hacer frente a las perturbaciones de la vida colectiva emanadas del instinto de agresión y de autodestrucción [pulsión de muerte...]. Sólo nos queda esperar que la otra de ambas «potencias celestes», el eterno Eros, despliegue sus fuerzas para vencer en la lucha con su no menos inmortal adversario. Mas, ¿quién podría augurar el desenlace final? (Freud/1931, *op. cit.* p 3067)

¿Quién podría hoy sustraerse a dicha interrogación? Entre tanto, considerando que “se está de antemano seguros de que sus resultados serán insatisfactorios” (Freud/1937 *Op. cit.* p. 3361), educar, gobernar y analizar serán identificadas como las “tres tareas imposibles”, por quien, sin embargo, dedicará su vida entera a cada una de ellas, como padre y maestro; como fundador y presidente de Escuela; como analista; pero sobre todo, como analizante. Su “pesimismo”, si así queremos llamarle, no parece haber sido en él un obstáculo para la apuesta de sus actos. Quizás sea esta su lección más elocuente. ■

Para saber más

- ESCOBAR C. *¿Qué hay de(l) psicoanálisis en la educación?* Academia.edu.
- SIGMUND, F. (1974). *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- PETER, G.(1989). *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. Baecelona: Paidós.
- TUBERT, S. (2000). *Sigmund Freud*. Madrid: EDAF.

hemos hablado de:

Sigmund Freud, psicoanálisis y educación, complejo de Edipo, psicología profunda, educación emocional.

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en marzo de 2014, revisado y aceptado en octubre de 2014 para su publicación.

Textos significativos de Sigmund Freud

Sólo puede ser pedagogo quien se encuentre capacitado para infundirse en el alma infantil [...] comprendiendo...] nuestra propia infancia. Nuestra amnesia infantil es una prueba de cuán extraños a ello hemos llegado a ser. El psicoanálisis ha descubierto los deseos, productos mentales y procesos evolutivos de la infancia. Todos los esfuerzos anteriores fueron incompletos y erróneos a más no poder, como consecuencia de haber dado de lado por completo al inestimable factor de la sexualidad en sus manifestaciones somáticas y anímicas [...].

Cuando los educadores se hayan familiarizado con los resultados del psicoanálisis, les será más fácil reconciliarse con determinadas fases de la evolución infantil, y entre otras cosas, no correrán el peligro de exagerar la importancia de los impulsos instintivos perversos o asociales que el niño muestre. Por el contrario, se guardarán de toda tentativa de yugular violentamente tales impulsos al saber que tal procedimiento de influjo puede producir resultados tan indeseables como la pasividad ante la perversión infantil [...]. La represión violenta de instintos enérgicos, llevada a cabo desde el exterior no produce nunca en los niños la desaparición ni el vencimiento de tales instintos y sí tan sólo una represión, que inicia una tendencia a ulteriores enfermedades neuróticas. El psicoanálisis tiene frecuente ocasión de comprobar la gran participación que una educación inadecuadamente severa tiene en la producción de enfermedades nerviosas o con qué pérdidas de la capacidad de rendimiento y de goce es conquistada la normalidad exigida. Pero también puede enseñar cuán valiosas aportaciones proporcionan estos instintos perversos y asociales del niño a la formación del carácter cuando no sucumben a la represión, sino que son desviados por medio del proceso llamado sublimación, de sus fines primitivos y dirigidos hacia otros más valio-

sos. Nuestras mejores virtudes han nacido, en calidad de reacciones y sublimaciones, sobre el terreno de las peores disposiciones.

La educación debería guardarse cuidadosamente de cegar estas preciosas fuentes de energía y limitarse a impulsar aquellos procesos por medio de los cuales son dirigidas tales energías por buenos caminos (Freud/1913 *op. cit* p. 1867)

